



Sobre el estado actual del psicoanálisis

Piedad Ruiz Castillo

Psicólogo Clínico–Psicoanalista. Madrid

Resumen: ¿Es una paradoja que cada vez haya menos jóvenes que elijan la formación psicoanalítica cuando la productividad de las corrientes psicoanalíticas es grande? El monólogo de la psiquiatría biológica, la empresa farmacéutica, el afán cientificista de la psicología cognitiva y conductista, son fundamentales a la hora de pensar una respuesta, pero también la falta de cuestionamiento del doctrinarismo y los modos sectarios de organización de las propias instituciones psicoanalíticas.

Palabras clave: Psicoanálisis, doctrinarismo, cientifismo, psicoanalistas, divergencias.

En varias entrevistas publicadas por esta revista en la sección *Metalogos* he comprobado que el entrevistador insistía en una pregunta sobre el estado actual del psicoanálisis. Véase “Entrevista al profesor José Guimón” por O. Martínez Azumendi e I. Markez (Nº 25, Mayo/2006), “Historias del grupoanálisis” a Joan Campos por I. Markez (Nº 27, Febrero/2007), “Aprendiendo psiquiatría comunitaria” a Manuel Desviat por A. Retolaza e I. Markez (Nº 31, Junio/2008) y “La Otra psiquiatría” a Chus Gómez por I. Markez (Nº 32, Octubre/2008). La pregunta es la siguiente: “¿Cómo valoras el estado actual del Psicoanálisis? ¿Cuál es el lugar del psicoanálisis en la clínica actual y en la formación? Aquí, en España y también en el ámbito internacional. Parece que entre los sectores más jóvenes de quienes intervienen en el campo de la salud mental hay menos “vocaciones” que se acogen a la psicoterapia y el psicoanálisis, y sin embargo el grado de productividad de las corrientes psicoanalíticas es grande. ¿Es esto una paradoja?”. (Nº 31, p. 71).

En alguna de las entrevistas no aparece la interrogación “¿Es esto una paradoja?”. Es, sin embargo, importante dilucidar si se trata de una paradoja o no. Si por un lado, se constata el hecho de que cada vez hay menos jóvenes interesados por el psicoanálisis y, por otro, se habla de una gran “productividad” de las corrientes psicoanalíticas, puede parecer algo contradictorio, aunque también es conveniente tener en cuenta que el “grado de productividad” si se refiere a la cantidad no necesariamente se traduce en interés, es decir el grado de productividad no garantiza la calidad del producto. Pensado así, estaríamos simplemente ante el hecho de una productividad que no despierta al menos el interés de los jóvenes que se dedican a la salud mental, y esto no es una opinión sino un hecho. Ahora bien, si nos preguntamos por las razones de tal falta de interés, no convendría soslayar el que tal producción está en exceso ritualizada, quiero decir que es una producción al servicio de la reproducción institucional de doctrina, las más de las veces reducidas al comentario de texto del “maestro” y



donde las preguntas se han perdido en la noche de los tiempos. Puede ser una producción en el mejor de los casos aplicada, pero carente de pensamiento crítico en sus elaboraciones teóricas o en sus debates clínicos, carencia probablemente ligada a la ausencia de crítica interna de los modos de organización de dichas instituciones. Se puede decir que una institución privada no tiene por qué someterse a tal ejercicio crítico, pero entonces sí tendríamos la paradoja de que una organización así de sectaria pretendiera tener la repercusión pública necesaria como para que los profesionales de la salud mental se orientaran por su formación y su clínica.

M. Desviat responde a la pregunta del siguiente modo: “El problema del psicoanálisis no son los autores originales, con gran capacidad de producción, y muchas veces originalidad, son las fotocopias, la repetición de una jerga hueca en unas escuelas que se escinden continuamente, en un contexto privado que les obliga a la competencia... La empresa farmacéutica y el monólogo de la psiquiatría biológica dejan poco espacio para la psicopatología. Esto explica la pérdida de peso en la formación de especialistas del psicoanálisis, el que no encuentren un hueco en el espacio público. Pero también las peleas sectarias en las que se desangran...” (pp. 71–72).

Estoy de acuerdo con la primera parte de su reflexión, pero deseo matizar lo referido a las “peleas sectarias”, que son tales por la mutua descalificación de un grupo por otro. En esas condiciones de lo que se trata es simplemente de la adhesión. Cada institución, sostenida en una doctrina de referencia grupal y de la adhesión transferencial correspondiente, imparte sus propios títulos de analista.

I. Markez hace referencia también en la misma entrevista a “las diferencias y divergencias entre psicoanalistas”. Pero el problema no son las divergencias, ¡ojalá las hubiera! El problema es que no las puede haber, y si las hay, de

inmediato se traducen en ruptura o escisión, es decir, no es posible el debate de ideas, menos aún el cuestionamiento de los llamados “autores originales” sin verse acusado de cualquier tipo de conspiración, y en todo caso, de deslealtad. Mi pertenencia pasada a varias instituciones psicoanalíticas lacanianas me permite afirmar que al menos en éstas las divergencias no sólo no son posibles, sino que de inmediato son interpretadas como mera lucha por el poder o intentos de aniquilación del propio psicoanálisis, con lo que no es que seas un disidente o un crítico, sino un ambicioso o un enemigo del psicoanálisis, generalmente las dos cosas a la vez. Por lo tanto, es imposible que existan divergencias teóricas o clínicas. Hasta tal punto, que cuando se producen escisiones al abrirse alguna fisura en el doctrinarismo, lo que prevalece es el sectarismo y la reacción correspondiente: el cierre de filas tras la orden de reagrupamiento del líder de turno. Por otro lado, se ve que en la IPA a veces coexisten diversas corrientes teóricas que se refleja en la riqueza de algunos trabajos cuando prevalece el criterio clínico y no la mera servidumbre doctrinaria o institucional. De ahí que J. Guimón distinga entre divergencias teóricas y práctica clínica: “Es verdad que hay divergencias entre los psicoanalistas pero, aunque lo que decimos sobre teoría es muchas veces diferente, nos parecemos mucho en lo que hacemos”.

De uno u otro modo, muchas instituciones psicoanalíticas se convierten en máquinas de poder que se reproducen a sí mismas con un funcionamiento que repele cualquier interferencia, pero por ello mismo estériles y sin controversias productivas que tengan una repercusión pública.

Cualquier lector que no esté de acuerdo con estas afirmaciones puede aportar ejemplos de textos o debates teóricos publicados en los que se cuestione de forma rigurosa tal o cual aportación de esos “autores originales” de los que hablaba M. Desviat por parte de sus seguidores y desearía que se publicasen las contro-



versias, si las hubiere, para que el debate despierte más interés por la clínica psicoanalítica, una clínica que cada día debe ser más exigente en función de las demandas que recibe. Y cuando hablo de crítica me refiero a la disciplina del comentario crítico, que no es necesariamente destructivo o descalificador, me refiero a la reflexión crítica y fundamentada de los conceptos y formulaciones que pueden ser verificados en la clínica o ser cuestionados. De otro modo, “la repetición de una jerga hueca” es el resultado obvio, jerga hueca e ininteligible con la que las “fotocopias” pretenden enseñar sin pensar lo que dicen y aplicando afirmaciones como si de versículos de la Biblia se tratara. Si los alumnos que acuden a dicha enseñanza, esos jóvenes dedicados a la salud mental, tienen el atrevimiento de preguntar por lo incomprendible, recibirán la respuesta de que son necesarios muchos años de “vocación” antes de entender algo. P. Roazen en su libro *Freud y sus discípulos* dice refiriéndose a Freud: “A pesar de lo mucho que había deseado triunfar, no le gustaba la idea de su influencia y le turbaba el efecto que podía producir en los demás. Le irritaba ver sus escritos tratados como un texto sagrado”(1), (p. 521).

En la última entrevista, Chús Gómez responde a la susodicha pregunta de manera sorprendente al usar el argumento de que el psicoanálisis es un “discurso a contracorriente que reivindica la particularidad de cada uno y fomenta la responsabilidad subjetiva”. Típico discurso victimista que toma la mayor homogeneización por la mayor originalidad. En cuanto a la pregunta sobre las divergencias entre psicoanalistas, Chus Gómez da por sentado que las hay y que además son “una invitación al trabajo”, lo que ocurre es que “desde fuera del psicoanálisis, nuestras rupturas, crisis o desavenencias son uno de los tópicos fáciles utilizados para intentar desprestigiarlo sin conocerlo, es una resistencia como otra cualquiera”. No es un tópico, es la historia de las instituciones psicoanalíticas y son los hechos los que terminan desprestigiándolas, sobre todo cuando estos

hechos se deniegan y se culpa a un supuesto enemigo exterior. Es la historia del movimiento psicoanalítico cuando esconde su carácter sectario bajo el rostro de la acogida y la justificación tan manida de la supuesta resistencia. Pues bien, yo sostengo que las divergencias en este tipo de instituciones, lejos de ser una invitación al trabajo son una invitación a marcharse y ese es el único motivo de las rupturas, crisis y desavenencias, no un tópico fácil ni una resistencia cualquiera. Por otro lado, apelar a la famosa “resistencia” sí que es un tópico, y más nos valdría a los psicoanalistas no echar siempre los balones fuera y practicar más la autocritica. Además, cuando Freud habló de la “resistencia al psicoanálisis”(2) se refería al efecto que produce una innovación científica que “hirió fuertes sentimientos de la humanidad” como pudo producir la teoría evolucionista de Darwin o la teoría cosmológica de Copérnico. No era un análisis, por tanto, de los efectos que podían producir las disputas en las instituciones psicoanalíticas.

Muchos psicoanalistas llevan a cabo una lucha encomiable contra la psiquiatría biológica y la psicología conductista, mantienen incluso un frente antibiologicista necesario, saludable e imprescindible. Pero el psicoanálisis no puede vivir sólo de enarbolar su pureza frente al cientifismo cerril de otros, dado que el estado de otras corrientes en el mundo “psi” tampoco es muy alentador en cuanto a la revisión crítica de sus postulados. Pero si el psicoanálisis puede mantenerse vivo es por su clínica y no por cuestionar esas otras disciplinas, luego ha de cuestionarse también a sí mismo, su doctrinarismo y sus modos sectarios de organización, para que su producción vaya un poco más allá del ritual y de la propaganda.

Quiero referirme para terminar a un libro aparecido hace unos meses en el que hay precisamente un cuestionamiento de muchos lugares comunes de la teoría psicoanalítica y una crítica frontal a sus modos organizativos. El libro en cuestión es *Fragmentos de la vergüenza*



de Francisco Pereña(3). El autor se ocupa en la primera parte titulada “La culpa y la vergüenza” de la irrenunciable tarea de discernir sus sentimientos en su recorrido como psicoanalista. En la segunda parte, que da título al libro, describe su recorrido institucional con la contundencia de quien se sabe responsable y da a la culpa subjetiva el valor de ser la expresión del conflicto pulsional y moral entre ley y libertad. Pero es en la tercera parte en la que el autor se pregunta qué clínica es posible hoy cuando el determinismo genético, heredero de la doctrina de la predestinación, el capitalismo y la psicologización del comportamiento, pueden aniquilar la clínica del sujeto. Este libro de indudable interés por la gran cantidad de preguntas que suscita y de tópicos que desmonta, sobre el que se cuchichea en privado, está sin embargo, siendo ignorado en público.

Para concluir este pequeño comentario sobre el estado actual del psicoanálisis, citaré lo que dice F. Pereña en lo que llama “Prefacio necesario” de su libro: “Un comunista sin partido, solo, está perdido, escribió Sartre a propósito de Paul Nizan. No es el caso del psicoanalista. Como ya señalara Roazen, el mismo Freud presumía y ejercía su independencia, la misma que no soportaba en los demás respecto a él. La clínica psicoanalítica no es patrimonio de nadie, ni la ortodoxia es su garantía. Al contrario, asegurar una jerga, matar la inspiración, favorecer la arrogancia del adepto, rehuir el

debate público, concebir la cura en términos de fidelidad y de obediencia, tomar el inconsciente como patrimonio secreto de la institución psicoanalítica que declara la buena “causa”, ha orientado el psicoanálisis hacia el claustro. La clínica psicoanalítica comienza a respirar fuera de ese enclaustramiento que vive del victimismo. La clínica psicoanalítica no se alimenta de generalizaciones, de abstracciones especulativas. Perder su encantamiento es recuperar su rigor”.

F. Pereña afirma que la clínica psicoanalítica pervive como clínica del sujeto al margen del determinismo biológico y de la doctrina de la predestinación, es decir, al margen del placebo científico y de la iglesia. Su propuesta es la de una clínica del sujeto que no se despegue de la particularidad inconmensurable del sujeto, que trata el hecho psicopatológico ligado a la condición traumática de lo humano: el desamparo exige el vínculo inexorable del sujeto con el otro, la pulsión no es otra cosa y el conflicto pulsional es el objetivo de esa clínica que, por tanto, no se desentiende del problema del cambio y de su horizonte terapéutico.

Madrid, Diciembre de 2008

Contacto:

Piedad Ruiz Castillo
Psicólogo Clínico–Psicoanalista
E-mail: piedadruiz7@gmail.com



BIBLIOGRAFÍA

- (1) Roazen, P.: *Freud y sus discípulos*, 1978, Madrid, Alianza Editorial S.A.
- (2) Freud, S.: *Las resistencias contra el psicoanálisis, O.C.T. III*, 1973, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.
- (3) Pereña, F.: *Fragmentos de la vergüenza*, 2008, Madrid, Editorial Síntesis.